*La tierra de los niños pelados**

Graciliano Ramos

Traducción de Patricia Vilcapuma Vínces**

Capítulo Uno

Había un niño diferente de los otros niños. Tenía el ojo derecho negro, el izquierdo azul y la cabeza pelada. Los vecinos se reían de él y le gritaban:

—¡Hola, pelado!

Tanto le gritaron ese apodo que él se acostumbró y se le dio por firmar con carbón en las paredes: Dr. Raimundo Pelado. Era de buen genio y no se molestaba; pero los muchachos de los alrededores huían al verlo, se escondían por detrás de los árboles de la avenida, cambiaban la voz y preguntaban dónde estaban sus cabellos. Raimundo entristecía y cerraba el ojo derecho. Cuando lo molestaban demasiado, lo irritaban, cerraba el ojo izquierdo. Y la cara quedaba toda triste.

No teniendo con quien entenderse, Raimundo Pelado hablaba solo, y los otros pensaban que él se estaba volviendo loco.

* Traducido de *A terra dos meninos pelados*, de Graciliano Ramos (41.ª ed., Rio de Janeiro, Brasil: Record, 2011).

** Es jefa del Fondo Editorial de la UCSS y editora de las revistas *Studium Veritatis* y *Cuadernos Literarios*. Es licenciada en Ciencias de la Comunicación en la Universidad San Martín de Porres, egresada de la maestría en Educación (mención en Literatura y Cultura Brasileñas) de la UCSS y el diplomado en Formación en la Fe de la UARM. Ha escrito artículos en revistas locales e internacionales, es autora del *Manual de estilo del Fondo Editorial UCSS* y ha participado como expositora en diversos eventos académicos y culturales.

¡Estaba nada! Conversaba solito y dibujaba en la vereda cosas maravillosas del país de Tatipirun, donde no hay cabellos y las personas tienen un ojo negro y otro azul.

Capítulo Dos

Un día en que él preparaba, con arena mojada, la sierra de Taquaritu y el río de las Siete Cabezas, escuchó los gritos de los niños escondidos por detrás de los árboles y sintió una angustia en el corazón.

—¿Quién raspó la cabeza de él? Preguntó un chiquillo travieso.

—¿Cómo pusieron los ojos de dos criaturas en una sola cara?, gritó el italiano desde la esquina.

—Es mejor que me dejen tranquilo, dijo Raimundo en voz bajita.

Se encogió y cerró el ojo derecho. Enseguida, fue cerrando el ojo izquierdo, ya no veía la calle. Las voces de los niños desaparecieron, solamente se oía el cantar de las cigarras. Al final, las cigarras se callaron.

Raimundo se levantó, entró en casa, atravesó el patio y subió la colina. Allí comenzaron a surgir las cosas más extrañas que hay en la tierra de Tatipirun, cosas que él había adivinado, pero nunca había visto. Sintió una gran sorpresa al notar que Tatipirun quedaba allí cerca de casa. Fue caminando por la pendiente, pero necesitaba subir: mientras caminaba, el monte iba bajando y bajando, se aplanaba como una hoja de papel. Y el camino, lleno de curvas, se estiraba como una línea. Después que él pasaba, la pendiente volvía a empinarse y el camino se llenaba de curvas nuevamente.

Capítulo Tres

—¿Quieren ver que esto por aquí ya es la sierra de Taquaritu?, pensó Raimundo.

—¿Cómo es que tú sabes?, gruñó un automóvil cerca de él.

El pequeño se volteó asustado y quiso esquivarlo, pero no tuvo tiempo. El automóvil estaba allí arriba y, al parecer, lo iba a atropellar. Era un auto extraño: en vez de faroles, tenía dos ojos grandes, uno azul, otro negro.

—Estoy frito, suspiró el viajero desanimado.

Pero el automóvil guiñó el ojo negro y lo animó con una sonrisa gruesa de bocina:

—Déjate de niñerías, Raimundo. En Tatipirun, nosotros no atropellamos a nadie.

Levantó las ruedas de frente, hizo un salto, pasó por encima de la cabeza del niño, fue a caer 50 metros adelante y continuó rodando tocando su bocina. La naranjera que estaba en medio del camino se alejó para dejar el paso libre y le dijo todo amable:

—Por favor...

—No se incomode, agradeció el pequeño. La señora es muy educada.

—Todo aquí es así, respondió la naranjera.

—Me estoy dando cuenta. A propósito, ¿por qué es que la señora no tiene espinas?

—En Tatipirun nadie usa espinas, gritó la naranjera ofendida. ¿Cómo es que haces semejante pregunta a una planta decente?

—Es que soy de fuera, gimió Raimundo avergonzado. Nunca estuve por estos lares. Discúlpeme señora. En mi tierra, los individuos de su familia tienen espinas.

—Aquí era así antiguamente, explicó el árbol. Ahora las costumbres son otras. Hoy en día el único sujeto que aún conserva esos instrumentos punzantes es el espinero bravo, un tipo salvaje, de malos modales. ¿Lo conoce?

—Yo no señora. No conozco a nadie por esta zona.

—Es bueno no conocerlo. ¿Acepta una naranja?

—Si la señora quiere darme, yo acepto.

El árbol bajó una rama y entregó al pequeño niño una naranja madura y grande.

—Muy agradecido, doña Naranjera. La señora es una persona directa. ¡Adiós! ¿Tiene la bondad de enseñarme el camino?

—Es ese mismo. Ve siguiéndolo siempre. Todos los caminos son correctos.

—Yo quería saber si puedo encontrar a los niños pelados.

—Busca. Sigue el camino. Andan por allí.

—¿Unos que tienen un ojo azul y otro negro?

—Sin duda. Toda la gente tiene un ojo azul y otro negro.

—Pues hasta luego, doña Naranjera. Pásela bien.

—Diviértase.

Capítulo Cuarto

Raimundo continuó la caminata, chupando la naranja y escuchando las cigarras, unas cigarras grandes que pasaban sobre enormes discos de vitrola. Los discos giraban, sueltos en el aire, las cigarras no descansaban y había en todas partes melodías extrañas, como nunca nadie escuchó. Arañas rojas se balanceaban en telas que se extendían entre las ramas, redes blancas, azules, amarillas, verdes, guindas, color de las nubes del cielo y color del fondo del mar. Arañas en cantidad. Los discos se movían, sombras redondas se proyectaban en el suelo, las telas se agitaban como redes.

Raimundo dejó la sierra de Taquaritu y llegó a la orilla del río de las Siete Cabezas, donde se reunían los niños pelados, al menos unos quinientos, blancos y oscuros, grandes y pequeños, muy diferente unos de los otros. Pero todos eran absolutamente calvos, tenían un ojo negro y otro azul.

Capítulo Cinco

El viajero rondó por allí unos minutos, temeroso de entablar conversación, pensando en los muchachos que se mofaban de él en la calle. Fue llegando y se sentó en una piedra, que se enderezó para recibirlo. Un niño se aproximó, examinándolo, admirado, por la ropa y los zapatos. Todos allí estaban descalzos y cubiertos en paños blancos, azules, amarillos, verdes, púrpura, color de las nubes del cielo y color del fondo del mar, enteramente iguales a las redcillas que las arañas rojas fabricaban.

—Yo quería saber si esto aquí es el país de Tatipirun, comenzó Raimundo.

—Naturalmente, respondió el otro. ¿De dónde vienes tú?

Raimundo inventó un nombre importante para su ciudad que sonó importante.

—Vengo de Cambacará. Muy lejos.

—Ya oímos hablar, respondió el chiquillo. ¿Queda allá en la sierra, no es así?

—Eso mismo. Una tierra de gente fea, cabelluda, con los ojos de un solo color.

Hice buen viaje y tuve algunas aventuras.

—¿Encontró a Caralâmpia?

—¿Es una naranjera?

—¡Qué naranjera! Es niña.

—¡Cómo él es bobo!, gritaron todos riendo y bailando. Piensa que la princesa Caralâmpia es naranjera.

Capítulo Seis

Raimundo se levantó molesto y salió de prisa, tan avergonzado que no vio el río. Se iba cayendo dentro de él, pero las dos márgenes se aproximaron, el agua desapareció, y el niño con un paso llegó al otro lado, donde se escondió por detrás de un tronco. La tierra se abrió de nuevo, la corriente volvió a aparecer, haciendo un gran ruido.

—¿Por qué es que te escondes?, preguntó el tronco en voz baja. ¿Tienes miedo?

—No señor. Es que ellos se burlaron de mí porque yo no conozco a Caralâmpia.

El tronco soltó una risotada y haciendo gestos dijo:

—Déjate de bobadas, criatura. ¡Tú te ahogas en poca agua! Los niños estaban jugando contigo. Son gente buena.

—Siempre dicen lo mismo... Pero se disgustaron conmigo porque yo no conozco a Caralâmpia.

—Bobadas. Déjese de niñerías.

—Eso mismo, aceptó Raimundo. Yo pensaba en los chiquillos que se burlaban de mí, en Cambacará. ¿El señor está descansando, eh?

—Sí. Estoy jubilado, ya viví demasiado.

Raymundo se levantó:

—Bien, señor tronco. Yo voy llegando.

—Espera ahí. Un instante. Quiero presentarlo a la araña roja, vieja amiga que me visita siempre. Está aquí, vecina. Este chico es nuestro huésped.

Capítulo Siete

La araña roja se balanceó en el hilo, espionando al niño por todos lados. El hilo se estiró hasta que el bichito alcanzó el suelo. Raimundo hizo un cumplido.

—Buenas tardes, doña Araña. ¿Cómo le va a la señora?

—Bien, bien, respondió la visitante. Perdone la curiosidad. ¿Por qué es que tú te pones esas cosas viejas encima del cuerpo?

—¿Qué cosas viejas? ¿La ropa? ¿Pues yo debería andar desnudo, doña Araña? ¿La señora no está viendo que es imposible?

—No es eso, hijo de Dios. Esos atavíos que tú usas son horribles. Tengo allí unas túnicas en las ramas donde vivo. Muy bonitas. Escoge una.

Raimundo llegó al árbol próximo y examinó desconfiado unos vestidos hechos de aquel tejido que las arañas rojas preparaban. Palpó el tejido, intentó rasgarlo, lo colocó en el rostro para ver si era transparente. No era.

—Yo no sé si podré vestir esto, comentó titubeando. No creo...

—¿Qué es que no cree?, preguntó la propietaria de la sastrería.

—Discúlpeme, señora, murmuró Raimundo. No creo que la gente pueda vestir ropa de tela de araña.

—¡Que tela de araña!, roncó el tronco. Eso es seda y de la buena. Acepte el presente de esta chica.

—Entonces muchas gracias, balbuceó el niño. Voy a experimentar.

Capítulo Ocho

Escogió una túnica azul, se escondió en la floresta y, pasados unos minutos, se acercó para mostrarse vestido como los habitantes de Tatipirun. Se descalzó y sintió en los pies la frescura y la suavidad de la hierba. Allá arriba los discos enormes de las vitrolas

giraban; las cigarras chillaban música encima de los discos, música como nadie escuchó jamás en otro lugar, sombras redondas se esparcían en la tierra.

—Este lugar es excelente, suspiró Raimundo. Pero creo que necesito volver. Necesito estudiar mi lección de Geografía.

De repente escuchó un tumulto y vio a través de las ramas la población de Tatipirun corriendo hacia él.

—¿Dónde está el niño que vino de Cambacará?

Eran millares de criaturas pequeñas, de cinco a diez años, todas cubiertas de telas de araña, descalzas, un ojo negro y otro azul, las cabezas peladas, descubiertas. No había gente grande, naturalmente.

—¿Dónde está el niño que vino de Cambacará?, preguntaron.

—¿Qué negocio tienen conmigo? Reclamó el pequeño alarmado. Parece una procesión.

—Parece un *meeting*, dice una rana que saltó de la orilla del río.

—Parece un teatro, cantó un gorrión.

Raimundo se puso a reír:

—¡Qué pajarito bestia! Él piensa que el teatro es gente. Teatro es casa.

—Estoy hablando en los sujetos que están dentro del teatro, pió el gorrión.

—Bien, eso es otro cantar, concordó Raimundo.

Capítulo Nueve

—¿Dónde está el niño que vino de Cambacará?, gritaba el pavo real.

—Esa tropa no sabe Geografía, dijo Raimundo. Cambacará no existe.

—¿Y por qué es que no existe?, preguntó la rana.

—No, no existe, señora Rana. Fue un nombre que yo inventé.

—Pues haz de cuenta que existe, enseñó la rana. Siempre existió.

— ¿La señora está segura?

—Naturalmente.

—Entonces existe.

La rana cerró el ojo negro, abrió el azul y fue a descansar en una poza de agua.

— ¿Dónde está el niño que vino de Cambacará?

— ¡Estoy aquí, gente!, gritó Raimundo. ¿Qué es lo que hay?

El río se cerró de repente y la multitud pasó por él en un instante. Después las márgenes se alejaron, el agua volvió a aparecer.

— ¡Qué río interesante!, exclamó Raimundo. Debe tener un mecanismo por dentro.

— ¿Por qué fue que huiste de nosotros?, preguntó el niño que había hablado sobre Caralâmpia.

—Espere allí. Yo ya digo. ¿Cómo es tu nombre?

—Pirengo.

— ¡Qué nombre gracioso! ¡Pirengo! No hay nadie con ese nombre.

—Yo soy Pirengo, replicó el otro.

—Pues sí, no discutamos. Vamos al caso del río. ¿Tiene algún maquinismo por dentro?

—No tiene mecanismo ninguno, dice una muchacha de túnica amarilla. Todos los ríos son así.

— ¡Claro! Concordó Pirengo. Ella es Talima.

—Es un placer conocerla, Talima. Usted es bonita.

—Y buena, interrumpió un niño pecoso. Medio obstinada, pero con un corazoncito de azúcar. Aquella es Sira.

—El tronco me habló de todos ustedes. ¿Cómo estás, Sira?

— ¿Por qué fue que usted huyó de la gente?

Raimundo quedó avergonzado, las orejas quedaron fuego.

—¡Lo sé! Fue tonto juzgar que estuviesen mofándose de mí. Yo no tenía obligación de conocer a Caralâmpia. ¿Quién es Caralâmpia?

— ¿Dónde estará ella?, preguntó el pecoso.

—Se desapareció, explicó Talima. Fue una niña que se convirtió en princesa.

—Caso triste, gimió una criatura pequeña, de dos pulgadas. Cuando pienso que le puede haber sucedido alguna desgracia...

Capítulo Diez

Talima se inclinó y consoló al enano:

— Calla la boca, enanito. No hay desgracia.

—Imaginen que ella encontró el espinero bravo y se hincó los dedos.

—¡Encontró, nada!

—Puede haber crecido e irse a morar a Cambacará.

—¡No, no fue!, informó Raimundo. No vi allá ninguna de estos lares. ¿Cómo es ella?

— Es una niña pálida, alta y delgada.

— ¿Princesa?

—Sí. Siempre tuvo forma de princesa. Ahora se convirtió en princesa y se perdió.

— ¡Qué infelicidad!, lloriqueó el enano.

— Vamos a buscar a Caralâmpia, animó Talima. Deja de llorar, enanito.

—Ya dejé, murmuró el enanito secándose los ojos.

— Saldrán todos, gritando, pidiendo informaciones a plantas y animales. El pecoso iba lentamente, distraído. Cogió a Raimundo por un brazo:

—Yo tengo un proyecto.

—Estoy temiendo que anochezca, exclamó Raimundo. Si la noche sorprende a la gente aquí en el campo... Era mejor entrar en la casa y dejar a Caralâmpia para mañana.

— Mi proyecto es curioso, insistió el pecoso, pero parece que este pueblo no me comprende.

— Y siempre es así, dijo Raimundo. ¿Faltará mucho para que el sol se oculte?

Capítulo Once

El enanito sacudió una de las piernas de Raimundo y le dijo:

—Nosotros olvidamos de preguntar cómo es que tú te llamas.

—Raimundo. Soy muy conocido. Hasta los troncos, las naranjeras y los automóviles me conocen.

—Raimundo es un nombre feo, interrumpió Pirencó.

—Cámbialo, opinó el enano.

—En Cambacará, yo me llamaba Raimundo. Era mi nombre.

—Eso no tiene importancia, decidió Talima. Ahora será Pirundo.

—Pirundo no quiero.

—Entonces es Mundéu.

—Tampoco me agrada. Mundéu es una jerigonza para llamar a cualquier bicho.

—Pues queda Raimundo.

—Está bien. Yo quería saber cómo la gente se arropa de noche.

—¿Qué noche?

—La noche, la oscuridad. Eso que viene cuando el sol se oculta.

—¡Pero qué dices!, exclamó el enano. ¡Es una persona boba afirmando que el sol se oculta! ¿Quién ya vio el sol aquí ocultarse?

—Esa cosa que llega cuando la tierra gira, comentó Raimundo. La noche, ¿lo perciben? Cuando la tierra gira para el otro lado.

—Él viene lleno de fantasías, aseguró Talima. Escuche, Fringo. Él piensa que la Tierra gira.

Capítulo Doce

Fringo, el niño negro estiró los labios y balbuceó:

—Ilusiones.

—¡Para nada! Gira. En Cambacará nadie ignora eso. Vaya allá y pregunte. Gira para un lado —todo queda en la claridad, la gente, los árboles, las ranas, las aves, los ríos y las

arañas. Gira para el otro lado —y no se ve nada, todo queda en la oscuridad. Es natural. Todos los días se da.

- Es mentira, interrumpió Fringo.
- ¿No hay noche?
- Hay lo que usted está viendo.
- No oscurece, el sol no cambia de lugar aquí...
- Nada de eso.
- Está bien. Necesito repasar mis estudios de Geografía.

Continuaron la marcha, anduvieron mucho y ninguna noticia de Caralâmpia. El sol permanecía en el mismo punto, en medio del cielo. Ni mañana ni tarde. Una temperatura amena, invariable.

- Debe haber un mecanismo de reloj allá arriba, calculó Raimundo. Van a ver que él perdió la cuerda y paró.
- ¿Quieres oír mi proyecto?, interrogó el pecoso.
- Vamos allá, accedió Raimundo. Pero antes me sacas de una duda. ¿Ustedes no descansan nunca?
- Sí descansamos, explicó el otro. Cuando la gente está fatigada, descansa y cierra un ojo.
- ¿El ojo negro o el azul?
- Eso es según... Se cierra un ojo. El otro se queda abierto, viendo todo.

Capítulo Trece

- Pues yo creo que está llegando la hora de volver y descansar.
- ¿Volver para dónde?
- Volver para la orilla del río, entrar en casa, dormir.
- No vale la pena. Si quieres ver el río, debes seguir de frente. El río de las Siete Cabezas hace muchas curvas. Adelante aparece una de ellas. Aquí nosotros nunca regresamos. Voy a contar mi proyecto.

—Está bien. Cuente. Pero caminando a la aventura, sin destino, ¿cómo es que ustedes entran en casa?

—¡Nada de entrar en cosa alguna! La gente se echa en el suelo.

— Blando, realmente. ¿Y las casas?

—No entiendo.

—Pues voy a llamar a Pirencó. Venga acá, señor Pirencó. ¿Dónde están las casas?

Talima encogió los hombros:

— Él vino de Cambacará lleno de ideas extravagantes.

— Preguntas insoportables, aumentó Sira.

Raimundo observó por los cuatro lados, no vio ninguna construcción.

— Está bien, no temamos. Ustedes duermen en el pasto, como animales.

— Descansamos a la sombra de esas ruedas que giran, dijo Fringo.

— Debajo de esos discos de vitrola. Sí señor, bonitas casas. ¿Y cuando llueve?

—¿Cuando llueve?

—Sí. ¿Cuando viene al agua de allá arriba, ustedes no se mojan?

— No sucede eso.

Raimundo abrió la boca y se dio un golpe en la cabeza:

—¡Qué lugar! No hace calor ni frío, no hay noche, no llueve, los troncos conversan. Esto es el fin del mundo.

Capítulo Catorce

—¿Quieres oír mi proyecto?, insistió el niño pecoso.

—¡Ah! Sí. Me iba olvidando. Acabe de prisa.

—Voy a comenzar. Mira mi cara. ¿Está llena de manchas, no?

—Para decir la verdad, sí está.

—¿Es fea además así?

- No es muy bonita.
—También pienso eso. Ni fea ni bonita.
—Vamos. Ni fea ni bonita. Es una cara.
—Sí, lo es. Una cara así así. Me he visto en las pozas de agua. Mi proyecto es este: podríamos obligar a toda la gente a tener manchas en el rostro. ¿Quedará bien?
—¿Para qué?
—Queda mejor, todo igual.

Raimundo se paró sobre un disco de vitrola, recordó a los niños que se mofaban de él.

Capítulo Quince

La cigarra allá arriba interrumpió la conversación, estiró la cabecita. Era una cigarra gorda y tenía un ojo negro, otro azul.

- ¿Cuál es su opinión?, preguntó el pecoso.

Raimundo vaciló un minuto:

- No sé... ¿Ellos se asustan con usted por causa de su cara pintada?
—No, nada. Son muy buenas personas. Pero si tuvieran manchas en el rostro serían mejores.

La araña roja dio un volantín en el hilo y llegó al disco de vitrola:

- ¿Qué historia es aquella?
—Palabreado al azar, explicó la dueña de la casa.
— ¡Al azar nada!, gritó el pecoso. La cigarra y la araña no tienen voto. Cada mono en su rama. Esto es asunto que interesa exclusivamente a los niños.
—Yo aquí represento a la industria de los tejidos, replicó la araña abriendo el ojo negro y cerrando el azul.
—Y yo soy artista, añadió la cigarra. Palabreado al azar.

Raimundo se agarró las manos, preocupado, miró los discos y las telas coloridas que se agitaban.

—Parece que ellas tienen derecho de opinar. Son importantes, son unas sabiondas.

—¡Derecho de decir animaladas!, reclamó el pecoso.

—No señor. La cigarra tiene razón. Palabreado al azar.

—¿Entonces usted cree que mi proyecto es malo?

—Para hablar con franqueza, yo creo que sí. No entiendo. ¿Cómo es que usted pintará a todos esos niños?

—Sería más justo.

—¡Sería nada! Ellos no dejan.

—Es bueno que fuese todo igual.

—No, señor, que la gente no es calva. ¿Ellos no gustan de ser como usted?

Gustan. ¿No gustan del enano, de Fringo? Allí está. En Cambacará no es así: a mí me aborrecen por causa de mi cabeza pelada y de mis ojos. Tiene gracia que el enano quisiese reducir a los otros niños al tamaño de él. ¿Cómo podría ser?

—¡Yo lo sé!, murmuró el niño pecoso malhumorado. El caso del enano es diferente. Parece que nadie me entiende. ¿Vamos a buscar a los otros?

Capítulo Dieciséis

Dejaron a la artista y a la representante de la industria de los tejidos, anduvieron cincuenta pasos y fueron a encontrar a los niños jugando en la grama verde, haciendo un barullo desesperado.

—Esto es agradable, murmuró Raimundo. Todo alegre, lleno de salud... A propósito ¿nadie se enferma en Tatipirun, no es verdad?

—¿Enfermarse cómo?

—Juzgo que ustedes no van al dentista, no sienten dolor de barriga, no tienen sarampión.

—Nada de eso.

—No envejecen. Son siempre niños.

—Ciertamente.

—Yo ya lo presumía. Pues sí, mi estimado. Buena tierra. Pero si todos fuesen como el enanito y tuviesen pecas, la vida sería desagradable.

El pecoso tosió levemente:

—Es difícil que la gente se entienda.

Los niños bailaban y cantaban, adornados de flores, agitando palmas.

—¡Viva la princesa Caralâmpia!, gritaban. ¡Viva la princesa Caralâmpia, que desapareció y apareció de repente!

Caralâmpia estaba en medio del grupo, vestida en una túnica azulada color de las nubes del cielo, coronada de rosas, un broche de luciérnaga en el pecho y pulseras de cobras de coral.

—¡Dios nos libre!, gritó Raimundo asombrado. Saque ese bicho de encima de su cuerpo, niña. Eso muerde.

La luciérnaga se agitó, brillante de indignación:

—¿Es conmigo?

—No señor, es con nosotras, informaron las cobras. Aquel es un salvaje. En la tierra de él las cosas vivas muerden.

—¡Viva Caralâmpia!, repetía la multitud. ¡Viva la princesa Caralâmpia!

—¿Dónde se vio que la cobra sirve de adorno?, suspiraba Raimundo. ¡Qué locura!

—Deje eso, criatura, aconsejó Fringo, el niño negro. Usted se espanta de todo. Venga a hablar con Caralâmpia.

—¡Yo no sé qué puedo hablar con la princesa!, exclamó Raimundo avergonzado.

—Ella es una princesa de mentira, explicó Talima. Es princesa porque tiene forma de princesa. Mire, Caralâmpia. Este es Pirundo, quien vino de Cambacará.

—Pirundo, no. Quedó establecido que yo me llamo Raimundo.

—Sí, quedó establecido que él se llama Raimundo.

—Acérquese, invitó Caralâmpia.

Capítulo Diecisiete

El huésped llegó a ella, desconfiado, espiando a las cobritas de reajo. Se inclinó en un saludo exagerado:

—¿Cómo está nuestra princeselencia?

—Princeselencia es ridículo, declaró Pirengo.

—Ridículo es amarrar cobras en los brazos, respondió Raimundo. ¿Dónde se ve semejante disparate?

—Acaben con eso, ordenó Caralâmpia. Vamos a dejar de pelear. ¿Por qué es que no puede haber princeselencia? Eso es una arenga tonta, Pirengo.

Raimundo aplaudió:

—Apoyado. Si hay excelencia, hay princeselencia también. Está bien.

—¡Claro!, concordó Talima. Si hay Raimundo y Pirengo, hay Pirundo también. Pirundo está bien.

—No, señora. Pirundo está errado.

—Pues está, dijo Talima.

—Está, de hecho. ¿Para qué decir que no está?, triunfó Raimundo. ¿Entonces usted es princesa, eh? ¿Cómo fue que usted se convirtió en princesa?

—Cambiando, respondió Caralâmpia. La gente cambia y descambia.

— Ya lo veo, murmuró Raimundo. Pues así es. Una tierra muy bonita la suya, princesa Caralâmpia. Estoy con ganas de mudarme aquí. Si yo vengo, traigo mi gato. Es un gato gracioso, diferente de ustedes, con dos ojos verdes. Es miedoso, tiene miedo del ratón.

—¿Cómo es que se llama?, preguntó la princesa.

—No tiene nombre. Pero yo le voy a poner un nombre a él.

—Póngale Pirundo, sugirió Talima.

—¡Póngale nada! Voy a buscar un nombre bonito en la Geografía. A propósito, aquel río que veo es el mismo río de las Siete Cabezas?

—Sin duda, informó Sira.

- ¿Por qué es que se llama río de las Siete Cabezas?
—Porque se llama así. Siempre se llamó así.
—Muchas gracias. Yo podría poner ese nombre a mi gato. Pero él solo tiene una cabeza.
—¡Bobadas!, exclamó Pirencó. ¡Gato de las Siete Cabezas! ¿Quién ha visto eso? Póngale Tatipirun.
—Tatipirun es bonito, murmuró la princesa.
—Pues queda. Su nombre será Tatipirun. Cuando yo venga, traigo a Tatipirun. Él va extrañar maullar al principio, después se acostumbra. ¿Vamos a jugar al bandido?
—Aquí nadie conoce ese juego, respondió Sira. Vamos a correr, saltar y bailar.
—Eso es aburrido.
—¡Pues vamos hacer al enano cambiar a príncipe!
—No doy para eso, protestó el enanito. Es mejor conversar con los animales. Vamos a buscar un animal que sepa historias largas y bonitas.

Capítulo Dieciocho

Partieron. Caminaron bien media legua y encontraron una guariba peluda, que andaba tullida, apoyada en un bastón, lentes en el hocico, la cabeza pesada balanceándose. Raimundo se acercó a ella, curioso:

- ¿Cómo le va, señora Guariba? La señora, con esa cara, debe conocer muchas historias antiguas. Cuéntenos algunas historias de su juventud.
—Yo no tuve de eso, no, mi hijo. Siempre fui así.
—¿Así acabada y reumática?, pregunto Raimundo.
—Así como ustedes están viendo.
—¡No es así! La señora antiguamente era hábil y vistosa. Cuéntenos algunas guerras de Carlo Magno.
—¡Yo no sé nada de eso! Estoy olvidadiza. Soy una guariba paleolítica.
—¿Paleo qué?
—Lítica.

La princesa Caralámpia se horrorizó:

—¡Qué barbaridad! Ella está loca.

—¡No lo está! ¡No!, interrumpió Raimundo. Mi tío también dice esas cosas confusas. Es un hombre que estudió mucho, anduvo en el arca de Noé y tiene lentes. Va directo a guariba. Y del tiempo de ella es, pues usa palabrotas difíciles.

—Tráigalo también a ese cuando regrese aquí, recordó Talima.

—Él no viene, no. Y no vale la pena. Es un sujeto malhumorado y paleo ¿cómo?

—Lítico, respondió la guariba.

—Eso mismo. No viene. Él se enoja con los niños, solo le gustan los libros. Es un tipo muy sabio como nunca se vio.

—No sirve, decidió Talima. Tiene la palabra, señora Guariba. Cuente una historia.

Capítulo Diecinueve

—Yo cuento, balbuceó el animal acomodándose. Fue un día un niño que quedó pequeño, pequeño, hasta volverse pajarito. Quedó más pequeño y se convirtió en araña. Después cambió a mosquito y salió volando, volando, volando, volando...

—¿Y después?, preguntó Sira.

La vieja guariba balanceaba la cabeza agitando y repetía:

—Volando, volando, volando...

Fringo se impacientó:

— ¡Qué fastidio! Ella se quedó dormida.

Se había quedado dormida, efectivamente. Y hablaba mientras lo hacía, en una gemidera:

—Volando, volando, volando...

—Vamos afuera, muchachos, invitó Sira. Ella no acaba hoy.

El animal comenzó a llorar.

—Soy una guariba paleo...

—Ya sabemos, interrumpió Caralâmpia. Vamos de frente, pueblo. ¿Qué significará aquel nombre complicado?

—Voy a preguntar a mi tío, prometió Raimundo. Cuando yo vuelva aquí, les explico.

Capítulo Veinte

La guariba paleolítica quedó tiritando, acurrucada y gimiendo.

—¡Dormilona!, susurró Sira. ¿Qué habría ocurrido al niño que se convirtió en mosquito?

—Parece que volvió a cambiarse a niño, dijo Fringo.

—No funciona, gritó el enano. Es mejor continuar mosquito.

—¿Vamos a consultar a la guariba?

—No conviene, intervino la princesa Caralâmpia. Ella perdió la bola. Volando, volando... Nunca vi un animal tan idiota.

—No señora, protestó Raimundo. Es un animal sabio. Mi tío es así, sabio que da miedo. Pero no habla directo. Murmura. Y se atasca en las preguntas más fáciles. La gente quiere saber una cosa, y él sale con unas explicaciones, que dan sueño. Queda murmurando, murmurando y cambia en el fin, acaba diciendo exactamente lo contrario de lo que dijo en el principio.

—Eso es insoportable, gritó Pirencó. No tolero la charlatanería, paños tibios.

—Ni yo, acotó Talima. Al pan, pan y al vino, vino.

—Necesito volver a estudiar mi lección de Geografía, suspiró Raimundo.

—Demore un poco, pidió Talima. Vamos a oír a Caralâmpia. ¿Por dónde anduvo cuando estuvo pérdida, Caralâmpia?

Caralâmpia comenzó una historia sin pies ni cabeza:

—Anduve en una tierra diferente de las otras, una tierra donde los árboles crecen con las hojas para abajo y las raíces por encima. Las arañas son del tamaño de la gente, y las personas del tamaño de las arañas.

—¿Quién manda allá? ¿Son las arañas o la gente?, preguntó Raimundo.

—No me interrumpa, respondió Caralâmpia. Los niños que yo vi tienen dos cabezas, cada uno con cuatro ojos, dos en la frente y dos atrás.

—¡Qué feos! Exclamó Pirencó.

—No señor, son muy bonitos. Tienen una boca en el pecho, cinco brazos y solo una pierna.

—Es imposible, interrumpió Fringo. Así ellos no caminan. Solo si fuera con muleta.

— ¡Qué ignorancia!, contestó Caralâmpia. Caminan perfectamente sin muletas, caminan así, mire, así.

Se puso a saltar en un pie.

— ¿Para qué dos piernas? La gente podría vivir muy bien con una pierna sola.

Intentarán andar con un pie, pero se cansarán luego y se sentarán en el pasto.

Capítulo Veintiuno

—Necesito volver, murmuró Raimundo.

El enano fue hacia él y le susurró al oído.

—Todo aquello es mentira. ¡Esta Caralâmpia miente!...

Sira se agachó:

—¡Miente nada! ¿Por qué es que no existen personas diferentes de nosotros? Si hay criaturas con dos piernas y una cabeza, puede haber otras con dos cabezas y una pierna. Este enano es burro.

—Se están metiendo conmigo, sollozó el enano. Se meten conmigo porque yo soy chico.

La princesa Caralâmpia lo cogió por un brazo, lo abrazó y lo acurrucó:

— No llore, enanito. En la tierra que yo visité ninguno llora, a pesar de todos tener ocho ojos, cuatro azules y cuatro negros. Los árboles tiene raíces para arriba, las hojas para abajo y dan las frutas en el suelo. Los frutos son enormes, las personas son como las arañas.

—¿Dónde queda esa tierra, Caralâmpia?, preguntó el pecoso.

—Muy lejos, en el fin del mundo, respondió la princesa. La gente llega allá volando.

—Como el mosquito de la guariba, interrumpió el enano. Desconfío de eso. La gente no vuela.

—¡Que no vuela!, exclamó Raimundo. En Cambacará los hombres vuelan.

—¿Vuelan de verdad o de mentira?, preguntó Talima.

—Vuelan de verdad. Antiguamente no volaban, pero hoy están por las nubes en aviones, unos trozos de metal que hacen zum... Seguramente Caralâmpia viajó en uno de ellos.

—No fui, no, dijo Caralâmpia. Entré en un automóvil.

—Los automóviles aquí andan por los aires, yo sé, confirmó Raimundo.

—Pues será. Entré, moví una palanca, el automóvil subió, subió, pasó la luna, el sol y las estrellas.

—Y llegó a tierra de los niños de una sola pierna, gruñó el enano. No creo.

—Pobrecito, murmuró Talima. Este enano es una infeliz. No haga caso, Pirundo.

—La señora me cambia siempre el nombre. Yo ya le dije un millón de veces que me llamo Raimundo.

Capítulo Veintidós

—Eso mismo. Quede con la gente. Aquí es tan bueno...

—No puedo, gimió Raimundo. Yo quisiera quedarme con ustedes, pero necesito estudiar mi lección de Geografía.

—¿Es necesario?

—¡Lo sé! Dicen que es necesario. Parece que es necesario. En fin... no sé.

Allí Raimundo entristeció y limpió los ojos:

—Es una obligación. Me voy entonces. Voy con mucha nostalgia, pero voy. Tengo nostalgia de todos ustedes, las mejores personas que ya encontré. Me voy entonces.

—Vuelve para vivir con nosotros, pidió Caralâmpia.

—Eso, puede ser. Si acierto el camino, yo vuelvo. Y traigo mi gato para que ustedes lo vean. No deje de ser princesa, Caralâmpia. Usted se ve bonita vestida de princesa. Cuando yo esté en mi tierra, he de recordar a la princesa Caralâmpia, que tiene un broche de luciérnaga y pulsera de cobras de coral. Y diré a los otros niños que en Tatipirun las cobras no muerden y sirven para adornar los brazos de las princesas. Van a pensar que es mentira, se burlarán de mis ojos y de mi cabeza pelada. Yo, entonces, enseñaré a todos el camino de Tatipirun, diré que aquí las laderas se bajan y los ríos se abren para que la gente pase.

Raimundo se alejó lento y procuró orientarse. Los otros niños lo seguían de lejos, callados. Caminaron hasta el río. Allí estaba la margen, cerca del tronco, los zapatos y la ropa. El muchacho se escondió en el arbusto, se vistió de nuevo, volteó a colgar en la rama la túnica azul que la araña le había tejido.

— ¿Devolución?, preguntó el insecto.

—Sí, doña Araña. Muchas gracias, no necesito más de ella.

—Quiere decir que vuelve para Cambacará, ¿no es así? Croó la rana en el borde de la poza.

—Vuelvo, sí, señora. Vuelvo con pena, pero vuelvo.

—Cometes una tontería, exclamó el tronco. ¿Dónde vas habrá compañeros como esos que hay por aquí?

—No creo, señor Tronco. Sé perfectamente que no habrá. Pero tengo obligaciones, ¿entiende? Necesito estudiar mi lección de Geografía. Adiós.

Capítulo Veintitrés

Atravesó el río con un paso. Los niños pelados fueron a encontrarlo. Caminaron algún tiempo y llegaron a la sierra de Taquaritu. Allí Raimundo se despidió:

—Adiós, mis amigos. Acuérdense de mí una u otra vez, cuando no estén jugando, cuando escuchen las conversaciones de las cigarras con las arañas. Quedé muy encantado de ellas, quedé encantado de todos ustedes. Quizá yo no vuelva. Voy a enseñar el camino a los otros, hablaré en todo de esto, en la sierra de Taquaritu, en el río de las Siete Cabezas,

en las naranjeras, en los troncos, en las ranas, en los gorriones y en la vieja guariba, pobre, que no se acuerda de las cosas y se queda repitiendo un pedazo de historia. Quiero bien a todos ustedes. Voy a enseñar el camino de Tatipirun a los niños de mi tierra, pero quizá yo mismo me aleje y no acierte más el camino. No regresaré a ver la sierra que se baja, el río que se abre para que la gente pase, los árboles que ofrecen frutos a los niños, las arañas rojas que tejen esas túnicas bonitas. No volveré. Pero pensaré en todos ustedes, en Pirengo y en Fringo, en el enanito y en el pecoso, en Sira, en Talima, en Caralâmpia. Usted me cambió siempre el nombre, Talima. Y yo quiero lo mejor a usted, voy hasta con ánimo de cambiar a Pirundo, para no insistir con esto incluso si nos encontramos. Acuérdesse del Pirundo, Talima. Lejos de aquí, abriré los ojos y veré la corona de rosas en la cabeza de la Caralâmpia, el broche de luciérnagas, las pulseras de cobras de coral. Adiós, mis amigos. ¿Qué fin tendrá el niño de la guariba? Cuando un mosquito zumbe cerca de mí, pensaré en él. Puede ser que esté zumbando el niño que la guariba dejó volando. Pobre de la guariba. Está balanceando la cabeza, hablando solamente, y no se acuerda. Yo volveré un día, vendré a conversar con ella, oíré el resto de la historia del niño que se convirtió en mosquito. Y he de encontrar a Caralâmpia con las mismas rosas en la cabeza, el adorno de luciérnaga en el pecho, las cobras de coral en los brazos. Voy a prestar atención al camino para no perderme cuando vuelva. Y traeré unos niños conmigo. Los mejores niños que yo conozca vendrán conmigo. Si ellos no quisieran venir conmigo, traigo mi gato, que es manso y ha de gustarles. Adiós, Fringo, Sira, Caralâmpia, todos, ¡adiós! No es necesario que me acompañen. Muchas gracias, no se incomoden. Yo adivino el camino. ¡Adiós! Acuérdesse del Pirundo, Talima.

Raimundo comenzó a descender la sierra de Taquaritu. La ladera se aplanaba. Y cuando él pasaba, volvía a inclinarse. Caminó mucho, miró para atrás y no avizó a los niños que se habían quedado allá en la cima. Iba tan distraído, con tanta pena, que no vio a la naranjera en medio del camino. La naranjera se apartó, dejó el pase libre y quedó en silencio para no interrumpir los pensamientos de él.

Ahora Raimundo estaba en la colina conocida, cerca de casa. Fue llegando, muy despacio. Atravesó el quintal, atravesó el jardín y pisó en la calzada.

Las cigarras chillaban entre las hojas de los árboles. Y los niños que se burlaban de él jugaban en la calle.